

Arte y expediciones en la geografía histórica del noroeste americano

Francisco E. López de San Román

and similar papers at core.ac.uk

br

provided by Portal de Revistas

La exposición *Espíritus del agua. Arte de Alaska y la Columbia Británica*, organizada por la Fundación «la Caixa» y presentada en Barcelona, Madrid y Houston entre octubre de 1999 y agosto del presente año, constituye un esfuerzo por reunir piezas de colecciones y procedencias muy diversas —que de otro modo obligarían a imposibles desplazamientos para su contemplación— por parte de los comisarios Paz Cabello y Alberto Costa, aunque el resultado obtenido justifica el citado esfuerzo, tanto por la calidad y número de piezas como por el interés despertado, no solamente en el mundo científico, sino en el gran público.

Si bien el principal interés de la exposición se centra en los valores estéticos y etnográficos de las piezas presentadas, la procedencia de las mismas se remonta a las expediciones que con diferentes fines llevaron a viajeros, militares, comerciantes y científicos a las costas y tierras del Noroeste americano en los siglos XVIII y XIX, uno de cuyos resultados fue la formación de las colecciones que, en parte, se exhiben en la presente exposición.

De los fondos expuestos, una parte notable está constituida por documentos gráficos procedentes de las diversas expediciones que españoles, ingleses, rusos y, más tarde, americanos efectuaron por aquellos territorios, sin olvidar algunos casos aislados de presencia esporádica como los de franceses y alemanes que también visitaron dichos territorios.

El ámbito geográfico que comprende la exposición es el de Alaska, habitada por los *inuit* o esquimales y la región costera comprendida entre la bahía de Yakutat, por el norte, y el río Columbia, por el sur, en territorios norteamericanos y canadienses actualmente, habitados por grupos étnicos muy diversos, entre los que resultan más conocidos los *lingit*, *haida* y *kwakiutl*, diferenciados en culturas específicas dentro de ellos y que fueron interlocutores de los primeros expedicionarios, quienes no se limitaron a elaborar descripciones o aportar referencias meramente geográficas, sino que además describieron y representaron personas,

objetos y estructuras relacionadas con las formas de vida y adaptación de los citados pueblos.

En el siglo XVIII la presencia rusa en las costas del Pacífico Norte de América —tras el descubrimiento de los territorios en la expedición de Bering en 1728 y su segunda expedición en 1741— generó una reacción exploradora y reivindicativa tanto de la Corona española como de la inglesa.

En el caso español fue el embajador en San Petersburgo quien alertó a Madrid de los movimientos expansivos rusos, enviando un mapa de los descubrimientos efectuados por aquellos y las actividades comerciales con los habitantes de los territorios referidos.

Como consecuencia de tales circunstancias se desencadenó una notable actividad exploratoria que se inició con el viaje de Juan Pérez en 1774, promovido por el virrey Bucarelli, desde las costas de Nueva España, de tal viaje proceden las primeras noticias sobre Nutka. Al año siguiente viajaron con el mismo rumbo Bruno de Hezeta y Juan Francisco de Bodega y Quadra, quienes llegaron al archipiélago Alexander.

En 1779 salió una nueva expedición al mando de Ignacio de Arteaga, en la que también participó Bodega y Quadra, que llegó por el norte hasta la península de Kenai en la costa central de Alaska. Una cuarta expedición al mando de Gonzalo López de Haro y Esteban Martínez salió en 1788, recorriendo la península de Alaska y las islas Aleutianas. A Nutka irían, en 1789 Martínez y en 1790 Eliza y la más compleja expedición científica al mando de Alejandro Malaspina, que entre 1789 y 1794 recorrió las costas del Pacífico americano y constituyó un hito en el conocimiento de dichas costas, también se ocupó de esta región. En 1792 Dionisio Alcalá-Galiano y Cayetano Valdés y, desde Nutka, Jacinto Camaño exploraron la costa norte canadiense hasta el estrecho de Dixon, y se cerraría el ciclo español en 1796 con la expedición de Juan Tovar.

Las expediciones inglesas más destacadas en esta región fueron las de James Cook en 1778 y George Vancouver entre 1792 y 1795, sin contar con los numerosos viajes comerciales que se llevaron a cabo en la segunda mitad del siglo XVIII.

Con relación a los rusos, a Bering y Chirikov les siguieron cazadores y comerciantes que se fueron extendiendo por la costa y expedicionarios como Levashev y Krenitsyn en 1768 y, más tarde, Shelikhov en 1783, Baranov en 1796 y el considerable número de comerciantes que recorrieron estas costas hasta entrado el siglo XIX.

Desde el interior del continente comenzaron las exploraciones comerciales norteamericanas tras la fundación de la Compañía del Noroeste y exploradores como Mackenzie o, ya en el siglo XIX, Frazer, Lewis y Clark o Astor alcanzarían los grandes ríos de la zona siguiendo su curso hasta el Pacífico, comenzando un proceso de asentamiento y explotación de recursos que conoció un nuevo ciclo a partir de la compra de Alaska por los Estados Unidos a Rusia en 1866.

Dos polos marcaron el desarrollo de la actividad exploratoria en esta extensa zona de la América del Norte: el conocimiento científico y, especialmente, geográfico en su sentido más amplio —características, recursos naturales, habitantes...—, así como el comercio y el dominio de los territorios, razones por las que los acopios de objetos, la recogida de información, descripciones, mapas, dibujos y cuanto les fue posible a los expedicionarios, pasó a instituciones metropolitanas que nos los han legado: Museos de Ciencias Naturales, Arqueológico, Naval o de América en Madrid; Academia Rusa de las Ciencias en Moscú; Museo Británico o Royal Albert Museum en Londres; Museo de Historia Natural de Nueva York, Peabody Museum en Harvard o Field Museum of Natural History de Chicago.

Viajeros como los franceses Marchand, La Pérouse, Magon o Roquefeuil contribuyeron al aumento de fondos del Museo del Hombre en París y los alemanes Krause, Jacobsen o Boas lo harían con los del Museum für Völkerkunde de Berlín, por citar solamente algunas de las más prestigiosas instituciones y colecciones con fondos procedentes de la costa del Noroeste, sin olvidar tampoco las colecciones pertenecientes a fundaciones o estrictamente privadas.

La cuidada selección de piezas y documentos, la espectacularidad de su montaje y exhibición, junto al magnífico catálogo, profusamente ilustrado y con una ordenación que atiende a la nacionalidad de las expediciones originarias de los materiales expuestos, acompañado de documentados estudios, se complementa con un ciclo de conferencias relativas a los *Pueblos y Culturas del Pacífico Noroeste*, que bajo la dirección de Paz Cabello contó con las aportaciones de Richard Inglis: *Panorama ecológico y cultural*; Emma Sánchez Montañés: *Arte, símbolos y formas*; Leoncio Carretero: *Historia y presente de los Mowachaht de la isla de Vancouver* y Mike Maquinna: *Ser Mowachaht. Los nativos de la costa noroeste en la actualidad*.

En conjunto, ha constituido un acontecimiento para el Americanismo, un acicate para el interés científico por el proceso de conocimiento de una zona poco estudiada y divulgada fuera del mundo profesional, para el que, sin duda, también ha supuesto un estímulo al que hemos de añadir la no menos importante contemplación estética.